

EL SUEÑO DE ANÍBAL

Pseudónimo: Molusa.

Marcos estaba aburrido. La tarde lluviosa del sábado no invitaba a salir, y sus amigos ya tenían planes para ir al cine para ver una película que no le interesaba para nada. Así que, decidido a encontrar algo interesante que pudiera hacer en esa aburrida tarde, se dirigió a la estantería de libros de historia de su habitación. Entre los estantes polvorientos, encontró un viejo libro sobre las grandes batallas de la antigüedad. El título, *Aníbal Barca: El Hombre que desafió a Roma*, le llamó la atención. Sabía poco sobre este famoso general cartaginense, pero siempre había sentido una extraña fascinación por los guerreros de la historia que les enseñaban en el colegio.

Se sentó en su cama y comenzó a leer. El libro hablaba sobre la Guerra Púnica, las conquistas, y la famosa travesía de Aníbal a través de los Alpes con su ejército y elefantes. Cada página lo absorbía más y más. Descubrió que Aníbal, un hombre increíblemente astuto, había logrado vencer al ejército romano varias veces, a pesar de estar en desventaja.

A medida que avanzaba, Marcos comenzó a admirar la inteligencia de Aníbal, y algo dentro de él despertó. Quería saber más, no solo de sus batallas, sino de la persona que había logrado lo imposible. Como si una fuerza invisible lo guiara, siguió leyendo hasta quedarse dormido en su cama, con el libro abierto sobre su pecho.

Esa noche, su sueño no fue como los que solía tener, fue un sueño un tanto extraño.

Marcos se despertó en un lugar totalmente distinto. Ya no se encontraba en su habitación leyendo, como había estado toda la tarde, sino en medio de un campamento militar. A su alrededor, escuchaba el sonido de los cascos de los caballos, los murmullos de los soldados y el crujir de las ruedas de los carros de guerra. Miró a su alrededor y vio a los hombres vestidos con uniformes con armaduras brillantes, llevando estandartes de Cartago, y elefantes de guerra que caminaban lentamente entre las tiendas del campamento. Todo parecía tan real que se quedó muy extrañado.

"¿Dónde estoy?" pensó, desorientado.

De repente, una figura alta y fuerte se acercó a él. Era un hombre con un rostro serio, de mirada penetrante y muy imponente. Su capa ondeaba al viento y su presencia era tan

poderosa que hacía que Marcos se sintiera pequeño. Enseguida reconoció al personaje, se trataba de Aníbal, de la persona sobre la que había estado leyendo toda la tarde y le había interesado tanto.

“¿Quién eres tú?” preguntó la figura.

Marcos intentó hablar, pero se sorprendió al escuchar su voz entrecortada. “Yo... yo soy Marcos. Estaba leyendo sobre ti, sobre tu historia...” Su mente intentaba comprender qué estaba sucediendo, pero aún no podía creer lo que veía.

La figura sonrió, como si ya supiera lo que iba a decir. “Así que has leído sobre mí, ¿eh? Bueno, ven, ven conmigo. Te mostraré lo que realmente significó ser Aníbal.” Sin más explicación, la figura dio media vuelta y comenzó a caminar, invitando a Marcos a seguirle.

Marcos caminó detrás de él, sintiendo que cada paso lo llevaba más y más lejos de la realidad. Pasaron por los soldados que afilaban sus espadas y lanzas, los artesanos que reparaban los carros de guerra y los animales de carga que descansaban entre las tiendas. Aníbal, como si todo esto fuera un día cualquiera, caminaba con una calma absoluta. Finalmente, llegaron a un borde del campamento, donde Aníbal se detuvo y miró el horizonte.

“Los romanos piensan que pueden vencernos solo por el tamaño de su ejército. Pero te diré algo, Marcos, no es la fuerza lo que determina la victoria. Es la estrategia. Siempre debes saber cómo jugar con las mentes de tus enemigos.” Con esas palabras, Aníbal comenzó a caminar hacia una pequeña tienda. Marcos lo siguió, deseando saber más.

Dentro de la tienda, Aníbal extendió un mapa antiguo sobre una mesa. “Este es el territorio por el que cruzamos los Alpes. Los romanos no esperaban que un ejército se atreviera a cruzar esas montañas. Pero yo sabía que podía hacerlo. Si los romanos pensaban que íbamos a tomar el camino fácil, se equivocaban.”

Marcos observaba cada detalle del mapa, como si todo estuviera cobrando vida ante sus ojos. La pasión y el enfoque de Aníbal eran contagiosos. “¿Y cómo lo lograste? ¿Cómo sobrevivieron las tropas?” preguntó Marcos, lleno de curiosidad.

Aníbal lo miró fijamente. “La gente subestima la mente humana. Muchos piensan que es imposible, pero cuando se tiene un propósito claro y el objetivo de seguir adelante, las montañas no son más que obstáculos que se pueden superar. Fue un sacrificio, pero mis hombres confiaron en mí.”

Con esas palabras, el paisaje cambió abruptamente. La escena a su alrededor se transformó y, de repente, Marcos se encontró parado en un vasto campo de batalla. A su alrededor, el sonido de las espadas chocando y los gritos de los soldados llenaban el aire. Marcos se encontró muy confuso al presenciar un cambio de planos propio de una película. Él se dio cuenta de que estaba presenciando una de las batallas más famosas de la historia: la Batalla de Cannas. El ejército romano estaba siendo rodeado por las fuerzas de Aníbal.

“¡Mira!” dijo Aníbal, señalando el campo de batalla. “Ahora verás cómo se juega una partida maestra. Los romanos no saben lo que les espera.”

Marcos observaba, sin poder creer lo que veía. Los soldados romanos, con su armamento pesado y su número superior, avanzaban sin darse cuenta de que estaban siendo rodeados. El ejército cartaginense, con una precisión impresionante, formó un cerco perfecto. Era una trampa. Los romanos cayeron en ella sin poder hacer nada.

“Es todo cuestión de controlar el ritmo de la batalla. No siempre hay que luchar cuerpo a cuerpo. A veces, la victoria se encuentra en saber cuándo atacar y cuándo esperar.” Aníbal explicó con calma, como si estuviera dictando una lección a un alumno.

Marcos observaba el caos que ocurría frente a él. Aunque la batalla parecía terrible, también era increíblemente hermosa en su perfección táctica. Los soldados cartaginenses, con rapidez y habilidad, derrotaron a un ejército mucho mayor. La estrategia de Aníbal estaba en su punto máximo.

“Esta victoria no solo es mía”, dijo Aníbal, mirando a Marcos. “Es de todos los que creen en la causa. La guerra no se gana con fuerza bruta, sino con astucia.”

De repente, la escena comenzó a desvanecerse. La batalla, el campo, los soldados... todo desapareció. Marcos se encontró de vuelta en su cama, empapado en sudor, pero con una sensación de paz y claridad. ¿Había sido todo un sueño? ¿Una visión? No lo sabía, pero

lo que sí sabía era que, de alguna manera, había vivido la historia de Aníbal de una forma que nunca olvidaría.

Miró el libro sobre su escritorio, aún abierto en la misma página sobre la Batalla de Cannas. Sonrió para sí mismo. Aunque no podía explicar lo que había experimentado, ahora comprendía mejor a Aníbal: un hombre que, con astucia y determinación, desafió las expectativas de su tiempo.

Desde esa noche, Marcos no solo veía a Aníbal como un personaje de los libros, sino como alguien que, de alguna manera, lo había guiado a través de las sombras de la historia. Ahora entendía que la historia no era solo algo que se leía, sino algo que se vivía. Y, por siempre, llevaría consigo las lecciones de ese sueño.